





ESCRIBE
Jorge
Edwards

Albertina Azócar

Murió Albertina Azócar. Albertina Azócar era la hermana de Rubén Azócar, la mujer de Angel Cruchaga Santa María, la enamorada e inspiradora de los Veinte poemas de amor de Pablo Neruda. Cuando fui por primera vez a la casa de Neruda, a una de sus casas, en el año inverosímil de 1953, Rubén, el autor de Gente en la Isla, con su cara de araucano indómito, jugaba a la rayuela con un grueso tejo de acero, con todas las de la ley, en un rincón del jardín. Angel Cruchaga, con su cara rubicunda y su pelo blanco, bebía vino pipeño y conversaba. Albertina, en un grupo de mujeres, hablaba en voz baja, observaba, se ponía de pie, de pronto, y pasaba un plato de queso mantecoso, de aceitunas, de pimentones en escabeche.

No supe entonces quién era y no lo supe hasta mucho más tarde. Nunca crucé más de tres o cuatro palabras con ella. Nunca supe, en realidad, cómo era, y hoy, al conocer la noticia de su muerte, me he quedado pensativo. Albertina, con su nombre tan literario, fue una gran inspiradora, y se incorporó de una manera indirecta, pero clara, rotunda, a la rica tradición de la poesía chilena. Habría podido decir, como Ronsard quería que una de sus ex amadas dijera: "Neruda me celebraba en el tiempo en que yo era bella".

Neruda me dijo más de una vez que esa mujer ideal de los Veinte poemas tenía varios modelos en la realidad. En eso que llamamos la realidad. "Una de las más importantes", me contó, "era la hija del boticario de Puerto Saavedra". ¿Cómo sería la hija del boticario? En los poemas evocativos de Neruda, en la primera parte de Memorial de Isla Negra, por ejemplo, abundan los viajes a Puerto Saavedra. El poeta niño viajaba en un barco de rueda, parado en la proa, solo, ensimismado, mientras los mayores cantaban o escuchaban música de acordeones.

"Embriguez de los ríos,
márgenes de espesuras y fragancias,
súbitas piedras, árboles quemados..."

A fines de la década del cincuenta o a comienzos de los sesenta, estuve una tarde con Angel Cruchaga y con Albertina Azócar en la Chacra Santa Julia, donde la Municipalidad de Nuñoa les prestaba un ala de la casa. Angel fue un poeta notable, hoy día olvidado. Cuando visité a Jorge Luis Borges en su departamento del centro de Buenos Aires, hará seis o siete años, me preguntó por algunos escritores chilenos y, entre ellos, por Angel. A mí me costaba decirle que se habían muerto. Hablamos de Angel, cuyo nombre correspondía perfectamente a la persona, y Borges, ante mi asombro, se puso a recitar de memoria:

"En mi silencio azul lleno de barcos..."

Angel Cruchaga Santa María bebía vino tinto en grandes vasos de vidrio de color verde oscuro, vasos que se llamaban "potrillos", y se ponía intensamente rojo. Hablaba, entonces, con exaltada inspiración, y a menudo recitaba versos suyos y de los demás poetas de este mundo. Hacía crítica literaria en "La Discusión", el diario de Chillán, y era extremadamente generoso con los escritores jóvenes. En esos años no se usaba el estructuralismo ni la desconstrucción. Existía la generosidad en mayor medida y la envidia en medidas iguales que ahora, pero con menos disimulo y menos recovecos. Los poetas se agredían con ferocidad, en verso, en prosa y a veces a bofetada limpia, y después se perdonaban y se reconciliaban. El angelical Cruchaga Santa María montaba de pronto en cólera, se ponía rojo como un tomate, y a los tres o cuatro minutos el ataque de furia se le olvidaba. Era un nubarrón rápido, que se deshacía en lluvia y desaparecía. Desde el fondo de una habitación de paredes blancas, llena de una increíble cantidad de papeles, Albertina miraba en silencio y de repente, cuando parecía necesario, intervenía con suavidad. No me di jamás el trabajo de conversar con ella, cosa de la que ahora me arrepiento, y no repetí mis visitas a Angel, que habría podido contarme y enseñarme muchas cosas. Nuestra vida literaria es pobre y nosotros, con nuestra ingenuidad provinciana, con nuestros deslumbramientos, con nuestra fe ciega en los campeonatos mundiales y en los premios Nobel, contribuimos a que sea todavía más pobre. Los franceses son expertos en dar valor y prestigio al conjunto de su literatura. Comprenden que cada generación es una constelación y que cada maestro trabaja rodeado de gente que lo estimula, que enriquece su creatividad y a la vez se enriquece. Los norteamericanos, por su parte, ya aprendieron esta lección.

Nosotros, en América y en España, carecemos de este sentido de la tradición, de la cultura como tejido complejo, como conjunto de relaciones. Una vez escribí una crónica sobre Hernán Díaz Arrieta, Alone, el descubridor de Gabriela Mistral, el hombre que le prestó quinientos pesos de 1921 a Neruda para que publicara Crepusculario, el mejor cronista de la literatura chilena, admirado por Jorge Luis Borges, por Alfonso Reyes, por Mariano Picón Salas, y mis amigos españoles consideraron que el tema, un anciano y olvidado cronista de Chile, para colmo bastante conservador, no tenía el menor interés. Quizás castigaban a Alone por su afrancesamiento recalcitrante, especialmente mal visto en los tiempos del general Francisco Franco.

Cuando Mariano José de Larra decía que escribir en Francia era vivir y escribir en España, morir, creo que se estaba refiriendo a estos asuntos. Escribir, desde luego, en España y en Hispanoamérica. Que Albertina Azócar, con su mirada distante y sus intervenciones discretas, me perdone.

La Segunda
13-X-1989 P. 8

DIRECTOR:
Cristina Zegers Arístiz

EDITORIA:
Servicios Informativos
Pilar Vergara Tugue

REPRESENTANTE LEGAL:
Jenny Kalka Frumet

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES
AVDA. SANTA MARÍA 5547
FONO 2267048 (Mesa Central)

Albertina Azócar [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Albertina Azócar [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile